

## Filosofía y Poesía; hambres cainitas de nuestro existir.

Pablo Javier Pérez López

Se inscribe mi presencia aquí en la necesidad de intentar *hacer tiempo*, tarea harto dificultosa. (pero si una tarea es la dedicada a hacer tiempo es la poética, la artística, (*hay que imponerle la eternidad a la vida* decía Juan Ramón, incluida la que considera el arte como la actividad propiamente metafísica del animal humano y a la filosofía el arte de la palabra que transita desde la poética a la filosofía enfrentándose al misterio ensimismante de la realidad desnuda)

No puede faltar en una olimpiada –así era en la antigüedad- la figura de la poesía y de la danza, de la música. La religiosidad de la palabra mecida por el ritmo de la vida. Si tengo que hacer tiempo hasta que los resultados de esta olimpiada afloren debo asirme irremediabilmente a la poesía, *palabra en el tiempo* en expresión de cuño machadiano. Y hablar de poesía en el contexto temático de este encuentro “*El ser humano como problema filosófico*” es hablar de la problemática, la cuestión, la paradoja o incluso la aporía que está inscrita en el propio existir humano, en el modo de ser, de conquistar lo posible, la otredad, propio del animal humano. (en el modo de hacer su propia esencia existencial aún sabiéndose esclavo de una animalidad, de una dependencia de la fuerza vital, de la naturaleza, de la Voluntad) Una doble hambruna, un doble instinto que a modo de inexplicable deseo arrastra nuestra raza enferma desde el amanecer de los tiempos, una doble dependencia, necesidad de nuestra animalidad que nos define, y especifica nuestro vivir, , nuestra animalidad, nuestra vida, que es conquista y aparente libertad, nuestro ser a medio camino entre lo animal y lo divino, nuestra terrible enfermedad incurable y pegadiza de lo poético<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> ...y lo que sería peor hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Quijote I, 6

En el escalafón, por tanto, de los ejércitos de los vivos, de los seres insuflados de vida encontramos entre los dioses y los animales, a los animales humanos, a los poetas, a los animales fantásticos, cuya estirpe, cuya hibridación entre el animal y el dios nos prefigura la problemática esencial de su ser.

Volvamos al problema que aquí se enuncia, o se plantea que no es sino el de “el ser humano como problema filosófico”, el del animal humano, el del *estar ahí* humano, el de estar en el tiempo, en el transcurrir ontológico humano en esta realidad radical y desnuda que es La Vida, como diría Ortega. De tal manera que el problema que parece enfatizarse en este enunciado es del propio contenido esencial de nuestro existir como encrucijada, como cuestión, como incógnita sin solución clara o aparente. En definitiva se nos plantea poder o querer saber, determinar (hablamos de un problema filosófico) la cuestión, la aporía que constituye nuestro ser (o quizá para ser más exactos nuestro existir que es nuestro modo de ser, un ser abierto a la conquista de la propia esencia, es decir a cierta libertad quizá determinada por nuestras grandes hambres o instintos, o dependencias de la Voluntad, del mandato de la naturaleza, del deseo, del instinto, de la animalidad)

En este sentido quizá, el primer enunciado o esbozo que podemos establecer aquí sería el de si nuestro ser es nuestro, en el sentido de elegido (dominado) o nuestro ser viene determinado y nuestra libertad es mera apariencia (problema antiguo y casi eterno que ahora no nos ocupa) pero sí sin embargo retrocando aún más esta digresión inicial quizá el problema sea si somos problema filosófico en definitiva por ser un querer ser y un no poder ser. Esto es quizá el problema pueda enunciarse con enorme sencillez si nos preguntamos si querer es poder o querer es no poder y todo ello quizá para concluir que quizá sea nuestro querer y no poder nuestra esencia originaria y auténtica, y el ser humano como problema filosófico no sea

sino un eufemismo en este caso para hablar de una existencia de hambres contradictorias y no calmadas, una pugna de hambres contradictorias y tercas que acaban por sacudirnos y hacernos temblar sintiéndonos como personajes de una cruel tragedia. En definitiva como orgullosos animales que quieren ser divinos, que exhiben instintivamente su *hybris*, que quieren saber las entretelas del misterio del mundo y que crean mundos, que crean ser, que se erigen en filósofos y poetas, en definitiva.

Filosofía y Poesía, finalmente se nos presentan como las dos grandes hambres, los dos grandes deseos, los dos grandes instintos que representan la desmesura de nuestro deseo: el querer saber y el querer existir, el querer perseverar, el querer conquistar lo real o lo eterno. El animal humano, pues, es problemático porque su piel recubre un núcleo almático deseante, querencial en una doble dimensión contradictoria, de cuya interfecundidad, de cuyo diálogo, de cuyo equilibristo, de cuyo ir de lo uno a lo otro, nace el arte y la ciencia, la alegría y la tristeza de la vida, la esencia del pensamiento poético, del pensamiento trágico.

Esta tensión entre filosofía y poesía es una tensión sempiterna de la historia de nuestro espíritu, de nuestro aliento, de nuestro deseo, de nuestra querencia y por ende de toda la historia de la filosofía. La batalla que ha marcado, que marca el rumbo de nuestra alma histórica e histórica, mesurosa y ebria es la de la lucha entre el ejército de poetas y el de filósofos, el de aquellos animales seducidos por la pasión y la mentira artística y el de los defensores del honor, el deber y el amor a la verdad en su sentido platónico. Y todo olvidando un tiempo en el que filósofos y poetas formaban un único ejército victorioso sobre un mundo recién creado, recién estrenado. En la época de la sabiduría poética de la Grecia presocrática el individuo aún no existía separado del regazo de la naturaleza, del mundo, de la vida, del triunfo de Eros, de la Voluntad y el poeta era el embriagado, el maniático animal que ejercía esta mediación

soberbia con lo sobrenatural, el que trataba de ayudar a comprender el mundo olvidando los dogmas y la rigidez y disfrutando de una religiosidad primitiva y originaria, neopagana.

El poeta educaba y guiaba al pueblo. Los primeros filósofos fueron también poetas hasta que otro deseo abrupto de nuestra animalidad, el anhelo de verdad, la violencia del concepto sometió, subyugó al deseo literario y mitológico intelectualizando la inspiración de los primeros poetas y declarando proscritos de la Πολιτεια a los poetas por sostener la herejía de la imaginación, de la ilusión, de la mentira lúcida, por renunciar, en definitiva a la moral y al concepto universal. La primera *sabiduría poética*, tal como la denominó Vico es derrocada y sometida por la sabiduría intelectual y científica. La metafísica sentida e imaginada que representa el sabio poeta queda sometida por la metafísica de la búsqueda conceptual y universal de los primeros principios y causas. Esta guerra histórica y almática, la de la historia de nuestra alma herida evidencia la problemática ontológica de nuestra animalidad, que a mis jóvenes ojos es expresión de nuestra imposibilidad constitutiva esencial, un no poder ser de otra manera, una paradoja tensa e irrompible. Y aún más paradójica cuando el poeta y el filósofo enemigos íntimos conviven en una misma alma, la del hombre concreto de carne y hueso y la de nuestra raza enferma. Esta enemistad excluyente entre el logos poético y el logos filosófico no es otra cosa que la expresión clara y quizá simbólica de nuestra herida inmensa: la de querer e imaginar más de lo que se puede. La de *ser un dios cuando se sueña y un mendigo cuando se reflexiona* en términos de Hölderlin.

Así en último momento ése problema filosófico que plantea nuestra hambre doble es quizá la agonía, la lucha uterina de un animal que se quiere divino y que desde su doble deseo de querer saber y de querer perseverar trata de desvelar el misterio del existir y de, renunciando a la búsqueda, recrear el mundo encontrado. Y la mayor paradoja de todo este

asunto es precisamente la que apunta María Zambrano: “No se encuentra el hombre entero en la filosofía: no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía”<sup>2</sup> Son dos mitades que se nos antojan insuficientes. Se nos presenta malforme un hombre sin imaginación, sin pasión sin uso metafórico de la misma manera que quizá enteramente animal un poeta desvergonzado que no mantenga la enfermedad de la conciencia, de la reflexividad. (un animal humano sin conciencia deja de ser un animal enfermo y por tanto humano –aunque quizá con mucha alegría para él-) El ejército de poetas se encuentra desmotivado y perdido sin el ejército de filósofos. Unos y otros nacen y se entrenan para avivar la llama de nuestra agonía, de nuestra pugna ontológica esencial entre el deseo animal y la dominación sapiencial.

El filósofo navega movido por la voluntad de verdad en la búsqueda conceptual universal de la verdad platónica. Es modelo del saber, del conocer, de la razón, que trata de someter conceptualmente lo real, que se desvive por explicar, que busca el por qué universal, que exhibe la autonomía moral del adulto, su seriedad, que hace en definitiva metafísica científica, que subyuga lo literario y lo poético al amor a la verdad y que en la mayoría de los casos duerme sin soñar.

El poeta sobre-vive con la fantasía, con la pasión, con una razón sometida por la vida y el impulso de la poesía que está en cada rincón y cada gesto de este planeta. (*The poetry of the earth is never death* dice primero John Keats y después repite Pessoa) Su animalidad más desarrollada es la poética, la creativa, la fantástica, la de un pequeño creador de mundos y hombres, la de un ingenuo que crea y cree que se encuentra originariamente

---

<sup>2</sup> “Pero hay otro motivo más decisivo de que no podamos abandonar el tema y es que hoy poesía y pensamiento se nos aparecen como dos formas insuficientes; y se nos antojan dos mitades del hombre: el filósofo y el poeta. No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método.” ZAMBRANO. M; *Filosofía y Poesía*. F.C.E. Madrid. 2001. Pág 13

con el mundo en búsqueda de una verdad concreta, que trata de comprender describiendo esencias y ofreciendo sus intuiciones desde su ser de hombre concreto de carne y hueso, un animal que hace metafísica artística, que entiende el arte como la actividad propiamente metafísica del hombre, que sueña sin dormir porque está embriagado por la vida (*la embriaguez es soñar despierto* dice bellamente Ortega), que representa el santo decir sí a la vida de un niño ingenuo, que no busca porque “el poeta tiene lo que ha buscado y más que poseer se siente poseído” como dice Zambrano, que es fiel a la ilusión y a la apariencia como esencia del mundo, a la mentira artística frente a la obsesión intelectual por la verdad socrática, que no sabe saber sino beber el vivir, la ebriedad del entusiasmo, de la ensoñación.

El hombre es un animal enfermo que no puede rajarse el vientre de su alma y desalojar al filósofo o al poeta que cual molusco testarudo, cual parásito se aferra a sus paredes aéreas según su deseo y mantiene en la pugna de ambos su palpito característico del paradójico dolor de la lucidez. La lucidez, el saber, la conciencia nos habla de la realidad de la muerte y del dolor del tiempo y la inocencia de una niñez recobrada (eso que Gonzalo Rojas llama la *reniñez*) de viejo poeta nos cuenta desde lo trágico la risa irónica de la realidad de lo deseado y lo imaginado, del amor a la vida por encima de la verdad dolorosa. El hombre es un animal enfermo que ríe y llora y canta a la luna que tiene en su seno el deseo inquebrantable de un ilustrado, el querer saber, y la nostalgia religiosa de un romántico, el querer perseverar, una nostalgia perenne. Dos hombres, dos enmascarados en un sola alma que en raras ocasiones caminan juntos, tal como nos dice Nietzsche:

“Hay períodos en los que el hombre racional y el hombre intuitivo caminan juntos; el uno angustiado ante la intuición, el otro mofándose de la abstracción; es tan irracional el último como poco artístico el primero. Ambos ansían dominar la vida: éste sabiendo afrontar las necesidades más

imperiosas mediante previsión, prudencia y regularidad; aquél sin ver, como héroe desbordante de alegría, esas necesidades y tomando como real solamente la vida disfrazada de apariencia y belleza”<sup>3</sup>

Cómo no ver tras estos hombres al filósofo y al poeta, el primero vencido por la voluntad de verdad, tratando de trillar apariencia y esencia mediante el método científico, categorial, universal y reduciendo el resto a mera literatura, el segundo vencido por la voluntad de ilusión invirtiendo el columpio socrático identificando esencia y apariencia haciendo inútil y terriblemente poética la ciencia (Ya dijo Marx que si esencia y apariencia coincidieran no haría falta ciencia) El poeta asume ser asesino de la verdad platónica y se regodea de ser mentiroso: *El poeta es un fingidor* dice Pessoa o *El poeta que miente, a sabiendas, voluntariamente es el único que puede decir la verdad*, sentencia Nietzsche.

Quizá el filósofo trágico, el poeta que recupera la filosofía sin subyugación, que camina sobre el abismo de lo real, entre las dos montañas de lo poético y lo filosófico (recordemos las palabras de Heidegger: “Tal vez sepamos algunas cosas sobre la relación entre la filosofía y la poesía. Pero no sabemos nada del diálogo entre el poeta y el pensador, que “habitan cerca sobre las más distantes montañas”<sup>4</sup> es el único que puede sobrevivir aceptando la tensión existencial que implica no poder evitar pasear, ser puente entre el tenso combate entre la filosofía y la poética. Quizá esa extraña expresión de “el ser humano” es decir *lo que somos*, nuestro siendo, no sea otra cosa que una cuerda tensa que vibra y sacude entre las dos montañas que habitan no ya el filósofo y el poeta sino los dioses y los animales, así canta Zarathustra:

---

<sup>3</sup> NIETZSCHE. F *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*.

<sup>4</sup> HEIDEGGER. M En Epílogo a ¿Qué es Metafísica?.. Hitos. Alianza, Madrid. Pp.251-258

“El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre –una cuerda sobre un abismo. Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse. La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta”<sup>5</sup>

El hombre, el animal humano enfermo de conciencia y de poesía es un puente por el que transitan todos los deseos del mundo, divinos y animales, los más elevados instintos y los ímpetus menos civilizados los ejércitos de la razón y los escuadrones de la fe, de la creencia, los lógicos y los poetas, lo que creen en el conocimiento y los que creen en la vida (*¡Para los griegos todo era vida, para nosotros todo se queda en conocimiento!* Grita amargamente Federico Nietzsche)

Con todo ello tiene que ver mucho ese puente esencial real y existencial que es nuestra animalidad entre la realidad y el deseo (en términos cernudianos) entre aceptar lo real sin comprensión o tratar no sólo de comprender sino más aún de explicar, desmenuzando realidad y apariencia. Entre aceptar de forma animal la vida o negarla desde la moralidad o el concepto ascético, entre ser adulto o ser niño, entre estudiar con seriedad o jugar en la plaza.

La metáfora orteguiana del cascabel puede servirnos para ilustrar la necesidad de reintegración o conciliación inevitable de los contrarios en nuestra pugna interior:

“Hay hombres que llevan en el ángulo de la pupila una inquietud latente, la cual hace pensar en un niño acurrucado y escondido, presto a dar el brinco genial sobre la vida, la carrera loca y alegre que proporciona el gran botín de la ciencia, del arte y del imperio. Sólo esos hombres me parecen estimables y el resto es contabilidad (...)

---

<sup>5</sup> NIETZSCHE. F Así habló Zarathustra.. Alianza. 2006. p 38.

Así, es la madurez no una supresión sino una integración de la infancia. Todo el que tenga fino oído psicológico habrá notado que su personalidad adulta forma una sólida coraza hecha de buen sentido, de previsión y cálculo, de enérgica voluntad, dentro de la cual se agita, incansable y prisionero, un niño audaz (...) Somos todos, en varia medida, como el cascabel, criaturas dobles, con una coraza externa, que aprisiona un núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Y es el caso que, como el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para liberarse y chocar con las paredes inexorables de su prisión”<sup>6</sup>

Y esta afirmación de nuestra condición de criaturas dobles donde juega un papel esencial la niñez me lleva a pensar en la rotunda afirmación pessoana: *Más vale ser niño que comprender el mundo*: El poeta seducido por el amor a la vida quiere evitar la obsesión por la comprensión para alcanzar una fidelidad total al destino de nuestra propia animalidad. El poeta es un viajero identificado con su destino. Frente al dolor de la lucidez decide recobrar una niñez, una re-niñez, una nueva inocencia que le permite conquistar el mundo como el juego alegre de crear y de crear olvidando el dolor de una metafísica abstraída. Olvidando el dolor del pensamiento para sentir todo de todas las maneras posibles y devolverse a la ausencia de misterio. El poeta se rebela contra una filosofía abstracta y deshumanizante, contra un conocer desapasionado, contra el dolor del pensar enajenante que no está ligado sin remedio al sentir, es difícil encontrar expresión más sugerente y honda de este dolor que proporciona el pensar que la que contiene este poema de Caeiro, el heterónimo más nietzscheano y neopagano de Fernando Pessoa:

---

<sup>6</sup> ORTEGA Y GASSET. J *La psicología del cascabel* (marzo. 1920). El espectador III. Obras completas, II, Págs.299-300

Hay bastante metafísica en no pensar en nada  
¿Qué pienso yo del mundo?  
¡Yo que sé lo que pienso del mundo!  
Si enfermase pensaría en eso  
¿Qué idea tengo yo de las cosas?  
¿Qué opinión tengo sobre las causas y los efectos?  
¿Qué he meditado sobre Dios y el alma?  
¿y sobre la creación del mundo?

No sé. Para mí pensar en eso es cerrar los ojos  
Y no pensar. Es cerrar las cortinas  
De mi ventana (pero ella no tiene cortinas)

¿El misterio de las cosas? ¡Yo que sé lo que es el misterio!  
El único misterio es que haya quien piense en el misterio  
Quien está al sol y cierra los ojos  
Comienza a no saber lo que es el sol  
Y a pensar muchas cosas llenas de calor  
Pero abre los ojos y ve el sol  
Y ya no puede pensar en nada  
Porque la luz del sol vale más que los pensamientos  
De todos los filósofos y de todos los poetas  
La luz del sol no sabe lo que hace  
Y es por eso que no yerra y es común y buena  
¿Metafísica? ¿Qué metafísica tienen aquellos árboles?  
¿La de ser verdes y de gran copa y tener ramas  
Y la de dar fruto en su tiempo, lo que no nos hace pensar,  
A nosotros, que no sabemos dar por ellos  
Pero qué metafísica mejor que la de ellos  
Que es la de no saber para que viven  
Ni saber que no lo saben?  
“Constitución íntima de las cosas”...  
“Sentido íntimo del Universo”  
Todo eso es falso, todo eso no quiere decir nada  
Es increíble que se pueda pensar en cosas de esas  
Es como pensar en razones y fines  
Cuando el comienzo de la mañana está reluciendo,  
y por los lados de los árboles  
un vago oro lustroso va perdiendo la oscuridad

Pensar en el sentido íntimo de las cosas  
Es exagerado, como pensar en la salud  
O llevar un vaso al agua de las fuentes

El único sentido íntimo de las cosas  
Es que ellas no tienen sentido íntimo ninguno  
No creo en Dios porque nunca lo vi  
Si él quisiese que creyera en él  
Sin duda que vendría a hablar conmigo

Y entraría por mi puerta adentro  
Diciéndome, ¡Aquí estoy!

(Esto es tal vez ridículo a los oídos  
de quien, por no saber lo que es mirar para las cosas  
no comprende a quien habla de ellas  
como el modo de hablar que reparar en ellas enseña)

Pero si Dios es las flores y los árboles  
Y los montes y el sol y el luar  
Entonces creo en él  
Entonces creo en él a todas horas,  
Y mi vida es toda una oración y una misa  
Y una comunión con los ojos y por los oídos

Pero si Dios es los árboles y las flores  
Y los montes y el luar y el sol  
Para que lo llamo Dios?  
Lo llamo flores y árboles y montes y sol y luar  
Porque, si él se hizo para que lo viera  
Sol y luar y flores e árboles y montes  
Si él me aparece como siendo árboles y montes  
Y luar y sol y flores  
Es que él quiere que yo lo conozca  
Como árboles y montes y flores y luar y sol

Y por eso le obedezco  
(¿Qué más se yo de Dios que sí mismo?)  
Le obedezco viviendo, espontáneamente  
Como quien abre los ojos y ve  
Y le lamo luar y sol y flores y árboles y montes  
Y lo amo sin pensar en él  
Y lo pienso viéndolo y oyéndolo  
Y ando con él a todas horas<sup>7</sup>

El poeta se rebela contra el dolor existencial del pensamiento anhelando una metafísica animal, la del animal que no sabe para qué vive y no se pregunta, sólo vive y ama, quiere sin preguntas ni respuestas. Otro de los versos de estos poemas caeirianos del Guardador de rebaños es más explícito: *Amar es la eterna inocencia y la única inocencia es no pensar*. Pensar sólo nos hace más prisioneros del destino de un animal divino de alma mortal. Sólo la inocencia, la ausencia de un por qué se ofrece como refugio. Sin embargo el poeta sólo puede desear la inocencia y

---

<sup>7</sup> PESSOA, F. Poemas de Alberto Caero. El guardador de rebaños. Poema V (La traducción es mía)

reconquistarla con más voluntad que éxito, pues aún sin querer pensar acaba haciéndolo, y aún escribiendo un manifiesto neopagano del más deseante irracionalismo y vitalismo no puede evitar hacer metafísica, no puede dejar la metafísica aún guardando silencio, ya lo dice Caeiro: Hay bastante metafísica en no pensar en nada.

Hay momentos de la historia de nuestra animalidad en que el filósofo que ama la verdad y el poeta que ama la vida quizá “no porque esté habituado a vivir sino porque está habituado a amar”<sup>8</sup> se encuentran en el seno del alma de nuestra raza enferma y se miran con detenimiento. Son épocas de tregua donde el ejército de filósofos no acecha a los adoradores del sentir y donde el ejército de poetas no acecha a los adoradores del pensar. En esas épocas de crisis, donde no hay subyugación de lo literario a lo filosófico es cuando nuestra tribu se recoge al misterio de una oscuridad primitiva para establece un diálogo, un hablar que acaba siendo asombrado. En las épocas de crisis Metafísica y ética, en las que tiemblan las certezas, los filósofos descubren que no pueden vivir y filosofar sin las grandes metáforas poéticas que estructuran el pensamiento y los poetas asumen que su mentira artística y su ironía ocultan una seriedad filosófica indeseada. Es entonces, de este ese diálogo productivo cuando nace la raza sagrada de los mestizos, de los heterodoxos que no pueden filosofar sin poetizar ni poetizar sin filosofar, que rompen las fronteras entre los dos rebaños y se preparan para el acto sagrado de mezclarse. Con qué claridad vivía y preveía literariamente Antonio Machado, tras la fina piel de su Mairena este encuentro:

“Algún día –habla Mairena a sus alumnos- se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos... Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, como si diéramos el pez vivo y en seco, y el agua

---

<sup>8</sup> NIETZSCHE. F. Así habló Zarathustra. Alianza. 2006. p 38

de todos los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar esos viejos milagros del pensamiento humano , En cambio los filósofos, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por este declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundada en el tiempo... algo en verdad poemático más que filosófico...Y estarán frente a frente, poetas y filósofos, nunca hostiles, trabajando cada uno en lo que el otro deja"<sup>9</sup>

Favorecido por la crisis de la Modernidad que mantenía al poeta en el terreno de la lírica sin revolverse hasta las tragedias y los dramas del periodo presocrático, tras llegar a los callejones de la razón solitaria y olvidadiza de la poesía de la vida y de la vida de la poesía, cuando la imaginación, la ilusión vuelven a ser necesidad biológica, ese día, esa mirada asombrada entre filósofos y poetas, que nos permite en un grandioso acto canibático volver a tratar de digerir nuestro ser, tratar de responder la problemática pregunta que se cuestiona por nuestro ser, ha llegado. Hoy hablan y ríen Filósofos y poetas mestizos en una taberna de la República.

Abril 2008

pjperez@fyl.uva.es

---

<sup>9</sup>MACHADO, A. Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo. Castalia. 1985.p 192.